EDICIONES BISTAGNE
50 CTS.
KARAMASOFF
el asesino
EL FILM RUSO

EL FILM RUSO

Karamasoff, el asesino

Emocionante drama ruso, interpretado por
FRITZ KORTNER,
ANNA STEN, FRITZ RASP, etc

Dirigido por
Fedor Ozep

*

Exclusiva de la prestigiosa casa
FILMÓFONO, S. A.
Plaza del Callao, 4 — MADRID
Rosellón, 238 — BARCELONA

Ediciones BISTAGNE
Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA - Teléfono 18551

Karamasoff, el asesino

Argumento de la película

Dimitri Karamazoff, un oficial del ejército del zar, se estaba despidiendo en la estación, de Katia, su novia bella y adorada.

—No te inquietes, Katia—le decía—. Mi padre me dará el dinero.

—¿Tú crees...?

—No faltaba más. Llegaré a casa y diré: Mira, padre, suelta los tres mil rublos. Quiero casarme... casarme con mi Katia. Está vacante la plaza de cajero del regimiento, y como para ello se necesita fianza, vengo a que me la des... La plaza de cajero significa un sueldo mayor y con él podré casarme en seguida.

—Pero ¿y si tu padre no te diese el dinero?

—No te preocupes. No podrá menos de dármelo. Es mi herencia materna.

Quiero creer que todo saldrá bien.

Llegó el tren. Se confundieron los novios en un fuerte abrazo y el oficial, viendo cerca una vendedora de flores, cogió todo el manojo que ésta llevaba y se lo ofreció

a la novia. Pero el convoy iba a partir y, sin tiempo ni siquiera para pagar a la florista, subió al coche dando el último adiós a Katia.

Quedó ésta abatida por la tristeza y enjugándose unas lágrimas. ¿Volvería aquel hombre? ¿Seguiría acordándose de ella?

Iba ya a salir del andén, cuando se le acercó la florista.

—El señor se olvidó de pagarme... Me debe usted tres rublos.

—¡Toma! ¡Toma!

Le entregó unas monedas y, perfumando su pecho con el penetrante olor del ramo, entró de nuevo en la ciudad, pidiendo a Dios que fuera lo más breve posible la separación.

El viejo Karamazoff vivía en una finca situada en una población del interior.

Era un hombre de cerca de setenta años, tenía numerosa servidumbre y vivía con su hijo Iván, espíritu apático e indiferente.

Viudo, había llevado desde la muerte de su esposa una vida ejemplar y tranquila. Pero últimamente había tenido ocasión de conocer a Gruschenka, una hermosa bailarina, mujer coqueta y deliciosa, a la que podría ponerse el apelativo de fatal. Encendido el cuerpo y el alma del viejo con la crepitante furia de una pasión volcánica, por ella se hubiera vendido al diablo. Aquel hombre casi caduco y tembloroso parecía remozarse cuando veía a Gruschenka. Pero ella se reía brutalmente del vejete enamorado.

A pesar de su tacañería habitual, Karamazoff había ofrecido a la bailarina cantidades exorbitantes, con tal

de que ella accediera a visitarle y a darle el enloquecedor don de su cariño.

Un día, Karamazoff fué a verla y le prometió una fortísima cantidad de dinero si iba a pasar la noche en su compañía.

Para quitarse de delante a aquel viejo importuno y salaz, Gruschenka, cuya vida era una cadena de pasiones, simuló acceder a su proposición y le aseguró que aquella noche iría a visitarle.

Karamazoff estaba loco de júbilo. Su rostro decrépito y lacio parecía iluminarse bajo el fuego del ansia carnal. Temblaban sus brazos ante la idea de poder ceñir en breve el cuerpo blanco y delirante de la hembra.

Esperaba con impaciencia la llegada de la mujer, y entretenía sus nervios bebiendo copas de champaña.

Su criado, Smerdiakoff, un sujeto alto, vigoroso, que de vez en cuando era víctima de ataques epilépticos, le contemplaba con atención, sonriendo ante las transformaciones que la pasión operaba en el anciano.

Llovía aquella noche, y de pronto llamaron ruidosamente a la puerta. El viejo dió un grito de entusiasmo,

—¡Debe ser ella! —murmuró excitadísimo—. ¡Aprisa, Smerdiakoff! ¡Sal a abrir! ¡Gruschenka viene! ¡Aprisa!

—Voy, mi amo.

Y el ayuda de cámara, hombre de ojillos maliciosos y de aspecto siniestro, franqueó la puerta al que tan rociamente llamaba. ¿Sería aquella mujer por quien Karamazoff estaba completamente dominado? Pero retrocedió sorprendido al ver entrar a Dimitri, el hijo mayor del anciano.

—¡Hola! —dijo éste, sonriendo y quitándose el empapado capote—. No me esperabas, ¿eh?

—No, francamente.

—¿Dónde está mi padre? Necesito hablarle inmediatamente.

Sí, sí... En su cuarto.

Llamó a la habitación paterna, cerrada por la parte interior. Karamazoff había oído la voz del muchacho y no quería recibirle en aquel momento en que esperaba una visita mucho más grata y seductora.

—¡Padre! ¡Soy yo, Dimitri!

—Sí. Ya te oigo...—contestó una voz alterada.

—He venido en busca de dinero y de tu bendición.

—Mañana, mañana. Ahora no tengo tiempo. Mañana.

El oficial estaba desconcertado. ¿Por qué no abría la puerta a su hijo?

Miró a Smerdiakoff como si ese hombre, con su rostro de esfinge y sus ojos implacables, pudiera darle la solución del enigma.

—No puedo comprender. ¿Sabes algo?

—No, señor.

Apareció Iván, el segundo de los hijos. Ambos hermanos se abrazaron cariñosamente y el mayor preguntó con gran nerviosidad:

—¿Me puedes decir, Iván, qué es lo que pasa? ¿Por qué no me recibe padre? ¿Está con alguien?

—Esperaba a alguien... Espera a una mujer—dijo sonriendo—. Padre es así.

—No puedo creerlo.

—Así es la verdad. Está enamorado y aguarda a su Sulamita. ¡Ya ves! ¡Un Romeo de 65 años!

—Pero ¿cómo permites tú eso? ¿Que en nuestra propia casa reciba a sus amantes? ¿Te parece eso digno?

—¿Y qué quieres que haga? Ya conoces mi manera

de obrar. Cada cual que realice su vida como se le antoje. Nuestro padre está enamorado... pues allá él con su embriaguez.

—¡Pero eso es una locura!

—El amor de los Karamazoff es fuerte como la muerte.

—Me fastidian esas pasiones seniles. Además, me hacen falta en seguida 3.000 rublos para depositarlos como fianza en el regimiento y mañana tengo que volver a la ciudad.

—En mala ocasión llegas. ¿Verdad, Smerdiakoff?

El criado se inclinó con una sonrisa ladina.

—Smerdiakoff es ahora el hombre de confianza de nuestro padre—continuó Iván—. Oye, ¿tú crees que dará el viejo el dinero?

—Lo dudo mucho, señor. El señor precisa todo el dinero para sí mismo. Está muy enamorado. Quiere casarse...

—¡Vete al diablo con tus cuentos, idiota!

—Es la verdad, señor.

—¡Eso es inconcebible! Deberíamos impedirlo, Iván.

—Padre es terco como una roca.

—¿Y quién es la pájara que le ha sorbido el seso?

—Gruschenka se llama la mujer. Una verdadera golfa.

—¡La malvada!

—Como ella quiera, será pronto nuestra señora mamá.

—¡Nunca podremos consentirlo!

—No sé lo que va a pasar. Creo que hoy va a venir.

—¡No, no! Si tú no tienes energías para oponerte a las locuras del viejo, yo me sobro para ello—dijo el oficial—. ¡Eso es ridículo, absurdo! Hay que impedir por todos los medios posibles que siga esa pasión.

—¡Pero eso es una locura!

—Pero ¿cómo?

—Haciendo ver a nuestro padre lo estúpido de su conducta. Voy a hablar con él.

Y fué hacia la puerta, pegando rudísimamente contra ella, hasta conseguir que el viejo la abriera, bien a su pesar y censurando duramente al inoportuno.

Iván y el criado oyeron en silencio los ecos de la violenta discusión, el grito cada vez más acentuado del militar y la voz enérgica y ronca del padre. El altercado era terrible. El hijo censuraba de una manera acre y violentísima la conducta extemporánea del anciano, y éste se defendía con la ceguedad profunda de la pasión.

—¡No te casarás con ella! rugía el muchacho.

—¡No permito que te metas en mis asuntos privados!

—Ya que has perdido la dignidad, ya que pretendes manchar de barro nuestro apellido, yo debo defenderlo.

—¡Vete de aquí!

La disputa se hacía cada vez más enconada, e Iván y Smerdiakoff la escuchaban casi sin respirar.

De pronto, el criado, con su sonrisa glacial, preguntó a Iván:

—Señor Karamazoff, ¿no cree usted necesario apaciguar a los señores? ¿O le parece a usted que no vale la pena?

—Mejor es que diriman ellos solos sus cuestiones. Me gusta permanecer siempre de espectador—replicó aquel hombre escéptico y frío, para quien nada parecía ser de importancia.

Vieron a los pocos momentos aparecer a Dimitri Karamazoff, pálido y descompuesto, y decir mientras se ponía el capote:

—¡Te repito que no te casarás! ¡Ahora mismo voy a hablar con ella!

Y sin atender a las nuevas palabras furiosas del padre, marchó de la casa con el propósito de ver a aquella bailarina y rogarle que desistiera de la locura de seducir a un hombre al que con aquella oleada de amor podía darle la muerte.

* * *

Llamó con violencia en casa de la bailarina. Ardía en cólera contra aquella mujer, que con sus seducciones había conseguido enloquecer una existencia senil.

Una criada le franqueó la puerta y el oficial, nervioso y destemplado, expuso su deseo de ver inmediatamente a la bailarina.

—Tenga la bondad de esperar. No creo que mi señorita pueda recibirle. Va a salir.

—Debo verla sin falta. Dígale que está aquí Dimitri Karamazoff.

—Aguarde un momento.

—Con su permiso.

Enérgicamente el oficial empujó a la criada y entró en el recibidor, esperando allí la llegada de la artista.

Esta mujer, de una coquetería irresistible, se encontraba en agradable conversación con unos amigos y se disponía a marchar con ellos al teatro.

Cuando la criada le transmitió el recado, arrugó el entrecejo, preguntándose a qué venía aquel hombre. Creyó que se trataba del viejo Karamazoff, que vendría a insistir en sus proposiciones ardorosas.

—Dile que pase otro día, que ahora voy a salir.

—Ya se lo he dicho, pero ha insistido en ser recibido. Dice que no se va sin antes ser recibido por usted.

—¡Qué descaro! Pero ¿qué querrá de mí ese vejete?

—¿Vejete? ¡Si es un muchacho, señora!

—¿Un muchacho? Tú no estás bien de la cabeza, Fenia.

—Un oficial de unos treinta años, señora.

—¡Es raro! ¡Ah, ya caigo! Debe de ser su hijo. Viene probablemente a pedirme que deje en paz a su señor padre. ¡Ja, ja, ja! ¡Una verdadera locura! ¡Vamos, amigos, vamos! ¡Cualquiera hace caso de esas pláticas de familia!

El grupo de amigos que estaba con ella se echó a reír, y Gruschenka, poniéndose el abrigo, se encaminó hacia el recibidor.

El oficial se levantó al verla y contempló fijamente a aquella bellísima mujer, de ojos apasionados, de cuerpo nervioso y fino, hecho de ardientes voluptuosidades.

Le envolvió ella en una mirada escrutadora, amplia, y le pareció agradable y simpático aquel buen mozo, que venía seguramente en un plan de enérgica protesta.

—Deseo hablar a solas con usted—dijo el militar.

Ella sonrió y le contestó secamente:

—Tengo ahora que marcharme con estos señores. Vuelva usted mañana.

—¡Imposible! Necesito hablarla ahora mismo.

—Y yo necesito marcharme.

—¿Va usted a casa de mi padre?

—Por ese lado, no tenga miedo. No iré. Tengo otros asuntos de mayor interés.

—Así y todo, necesito tener una conversación con usted.

—Ya le he dicho lo que hace al caso. ¡Buenas noches!

—Yo no me muevo de aquí—continuó el joven con firme resolución—. Supongo que volverá usted a casa esta noche...

Ella sonrió cínica.

—Quizá... probablemente... Pero ¿va usted a esperar tanto tiempo?

—El que sea necesario.

—Bien. Como usted quiera. Oye, Fenia, el señor Karamazoff esperará. Trátale bien.

Y con una risa sardónica abandonó la casa, mientras el oficial entraba en la sala y se acomodaba en un sillón, en espera de que ella volviera. Le manifestaría de una manera clara y rotunda la necesidad de que dejase a su padre... Ya que él no había podido convencer al viejo, a lo menos procuraría exigir de esa mujer de amores múltiples, que no pusiera entre sus víctimas a aquel pobre anciano que se desharía entre sus brazos.

Era guapa aquella mujer; no había que dudar de que el padre tenía buen gusto y que acaso quería despedirse de la vida con un último y bellísimo amor. Pero Gruschenka era una mujer fatal, de amores variados, y si se casaba algún día con Karamazoff, pronto se cansaría de él y le envolvería en la cadena vergonzosa de los escándalos.

Apareció al cabo de largo rato la criada y le dijo:

—¿Quiere usted una taza de te?

—¡No, gracias!

Y paseó su mirada nerviosa por aquella habitación, en la que se respiraba el perfume grato de Gruschenka, el aroma que había trastornado la imaginación hasta entonces serena del viejo Karamazoff.

Vió el retrato de un hombre de aspecto presuntuoso y cuidado, y preguntó:

—¿Quién es?

—El primer enamorado de la señorita —dijo la criada. —También oficial, como usted... Un sinvergüenza. Así, con todas las letras. Le hizo perder la cabeza a mi señorita y luego no se casó con ella.

—¿Y no sabe usted nada más de él?

—Sí. Ultimamente ha escrito, después de tres años de silencio: "Queridísima Gruschenka"... Porque sabe que ahora tenemos dinero.

—¿Ella le ama aún?

—No sé. Creo que mi dueña no ama a nadie. Ha tenido muchos amores, pero ninguno consistente y firme.

—Ya sé. Va sembrando por esos mundos la flor de su coquetería.

Y que prende en todos los espíritus, porque mi señora es guapa y terrible para el amor. ¿Qué hombre habrá que pueda resistirla?

Sonrió él de una manera escéptica, e iba a contestar que era hombre de suficiente temple para mantenerse con firmeza ante los arrumacos de aquella gata voluptuosa, cuando entró Gruschenka, de regreso de su paseo.

Hizo un gesto a la doncella para que se retirase y sonrió con ojos dulces al oficial.

Mientras se quitaba el abrigo, preguntó, con la más exquisita de las amabilidades y entornando la mirada como si quisiera seducir también a ese militar de aspecto severo:

—He llegado más pronto de lo que suponía. ¿Qué desea usted de mí?

Contempló el teniente a aquella mujer fascinadora y

sintió contra ella un vivo rencor, al considerar que con su belleza enloquecía a un pobre viejo, dominado por la fuerza segadora de una pasión que deslumbraba su alma al igual que esas luces que dan mayor resplandor en el momento en que van a morir.

—Supongo que acierta usted a lo que vengo—dijo—. Se trata de mi padre.

—¿Su padre? ¡Ya le conozco! ¡Ah, diablo de hombre! ¡Me envía cada declaración volcánica que es un primor!

—¿Y usted se divierte con él?

—¡Es tan gracioso ese asedio! ¡Y yo no voy a ser lo bastante cruel para desengañarle de una vez!

—¿Pero no le da a usted vergüenza jugar así con un anciano? ¡Usted... una mujer de veinte años!

—¡De diecinueve!—replicó alarmada, como si hubiera escuchado una blasfemia—. ¡Sólo diecinueve!

—Los que sean. Pero mi padre está loco perdido por usted. Y usted, con su espíritu de coquetería, parece alimentar esas esperanzas. ¡Eso no puede ser! ¡Exijo de usted que rompa inmediatamente esas relaciones!

Y nervioso, acariciaba un chal de la artista, que ella había dejado sobre un sillón.

—¡Necesito saber si rompe usted o no!

Ella no contestaba y miraba de reojo al oficial. En el alma de Gruschenka no había el menor amor por el viejo Karamazoff, pero como él le enviaba continuos regalos, le daba esperanzas, aunque nunca pensaba cumplirlas.

Ahora, al ver ante ella al hijo de su víctima, un mal pensamiento flotó en su imaginación. Mujer de carácter pasional, acostumbrada a que se le rindiesen todos los hombres, absolutamente todos, sintió la humillación de

que aquel oficial la tratara con dureza y pareciera insensible a sus gracias seductoras.

Además, le pareció simpático aquel hombre lleno de energía que hablaba en defensa de su padre. Y prendió en su alma, con el capricho de algunas coquetas, una vivísima pasión por él.

Continuó riendo, mientras Karamazoff la miraba exasperado.

—¿Por qué se ríe usted?

—Es mi carácter. Siempre reír. ¡Ja, ja, ja! Pero, amigo —añadió alegremente—, no toque usted mi chal. ¿No ve que está a punto de rompérmelo?

—¡Conteste a mi pregunta!

Pero Gruschenka le quitó el chal, y vió que estaba un poco deteriorado.

—Encaje fino... Cien rublos ha costado... ¡Me lo acaba de destrozar usted!

—No se preocupe. Yo se lo abonaré.

Sacó la cartera y, sin querer, se le cayó al suelo un retrato de Katia.

Antes de que pudiera recogerlo, ya la artista, con gesto triunfal, se lo había arrebatado.

—¡Oh, un retrato de mujer! ¡Bien, señor enamorado!

—¡Deje eso! ¡No toque ese retrato!

—¡No está mal, no está mal!—dijo—. "A mi querido Dimitri." Es su novia, ¿verdad?

—¡No le importa a usted! ¡Deme el retrato! ¡No es digno de que permanezca entre sus manos!

—¡Oh, el señor formal! ¡Tiene novia! Por eso no hace caso de ninguna mujer...

—¡Deme el retrato! ¡Démelo en seguida!—decía el oficial, cada vez más violento.

Pero Gruschenka parecía complacerse en hacer burla de aquel hombre, y empezó a correr por la habitación, perseguida por el teniente, que creía que el retrato de la novia estaba manchado al contacto de aquellas manos impuras.

Por fin consiguió alcanzar a la mujer y le apretó fuertemente los brazos.

—¿Quiere usted darme el retrato?

—¡No!

Y retiraba el hermoso brazo, poniéndolo detrás de su cabeza.

—¿Quiere dinero? ¡Pues, tome, tome! ¡Pero devuélvamelo!

Le entregó unos billetes, que ella rechazó sonriente.

—Me lo quiero quedar. Es un capricho. ¡Me gusta ver sufrir a los hombres!

—¡Deme eso! ¡Deme eso, maldita!

Furioso, pegó un golpe contra ella, golpe que la mujer contestó con un seco bofetón.

Los dos se contemplaron como si fueran a pegarse furiosamente. Pero la artista, enloquecida súbitamente de pasión hacia el oficial, le miró con ojos amorosos, lánguidos; sus brazos, que rodeaban el talle de él, ya no fueron brazos duros e implacables, sino brazos de mujer que acaricia y adora, y sus labios buscaron los de Dimitri Karamazoff.

¿Qué pasó de repente por el alma y por la sangre de Dimitri? Aquella mirada de ella penetró muy adentro de su corazón; sintió su influencia fatal; en un momento olvidó el viejo odio sustentado en su pecho y, hombre al fin, sin acordarse de sus rencores, besó con súbita em-

briaguez aquella boca de mujer que se le ofrendaba generosa.

Cayó el retrato al suelo, y también aquel hombre, a pesar de sus enérgicos propósitos, cayó bajo los brazos de la sirena, de la mujer fatal e irresistible.

* * *

Y desde aquella noche, el destino marcó unas nuevas huellas para el infeliz que se había creído hombre fuerte. La red trágica y cerrada en que caen las víctimas del amor, había apresado fuertemente entre sus mallas de seda al militar.

Todo lo olvidó: la dignidad del padre, el recuerdo de la novia, la plaza de cajero que le esperaba...

Aquella mujer, en una sola noche de amor, le había enloquecido, había puesto en su carne la brasa de un fuego inapagable y en el alma la huella de un paso de viva perduración.

Pero Gruschenka era caprichosa y tras aquella noche de amor, no quiso volver a recibirle.

¿Qué clase de cariño le había llevado a sus brazos? ¿Había sido acaso un deseo de humillar al que vino con tantas infulas, y demostrarle que nada podía resistir a su seducción? ¿Había sido tal vez el momento apropiado y fatal de las mujeres débiles? ¡Quién sabe! Pero, pasado el encanto de la noche aquella, la mujer impidió la entrada en su casa a Karamazoff, dejando a éste en la locura ardiente de los recuerdos gustados una sola vez y cuya continuación se necesita.

¡Pobre hombre! ¡Una noche de amor y una vida de sufrimiento! La idea de que ella no le quería recibir

más, le enloquecía. Para olvidar aquel cariño, había comenzado a beber y, sin ánimos de volver de nuevo al regimiento, pasaba unos días torpes y con la fascinación bruja de los sonámbulos.

Vivía en un tabernucho. Odiaba a su padre, que le parecía un rival; sentía que se borraba de su imaginación la visión de la novia pura, para dejar paso al recuerdo de aquella noche inolvidable que con la crueldad y el capricho de algunas mujeres, no parecía la bailarina dispuesta a que se repitiera.

Habían transcurrido varias semanas. Por su propio hijo, el viejo Karamazoff se había enterado de los amores de una noche entre aquél y la bailarina. Un odio feroz se apoderó al principio de él, al ver que Dimitri era su rival y había conseguido lo que él no había logrado nunca.

Se recriminaron mutuamente, encendidos en unos celos terribles, hasta que el viejo pareció reaccionar y, recordando que el hijo tenía novia, creyó lo más prudente escribir a ésta para que viniera a recoger al oficial y se lo llevara lejos, dejándole a él el campo libre para sus anhelos de amor.

El viejo parecía degenerado. No le importaba que Gruschenka tuviera otros amores. Lo que deseaba era hacerla suya, gustar con sus labios ya pálidos por la sangre vieja, la voluptuosidad de una boca delirante.

Escribió a Katia, sin que el hijo lo supiera:

...Vive Dimitri semanas de locura. Ha perdido la vergüenza. Vive sólo para la jaerga y la bebida. Estoy asustado. Esa mujer lo ha descentrado. Venga si quiere salvarle y evitar una desgracia. En su locura, tiene celos

de mí, me ha amenazado de muerte. No sé lo que va a pasar. No tarde usted en venir. Atienda los consejos de este servidor suyo y padre desgraciado,

Fedor Karamazoff.

Ignorante de lo que su padre había hecho, el oficial, enloquecido bajo la influencia de la mujer que le había dado el perfume malsano de lo efímero, se pasaba el día en un cafetucho del pueblo, teniendo en los ojos una fijeza agresiva de maniático.

Una tarde, Iván fué a la misma taberna y el hermano menor le reprimió su proceder y el abandono en que tenía sus asuntos.

—Tu licencia se acaba. Vas a perder la plaza de cajero. Te van a echar incluso del regimiento.

—No me importa.

¡Pero tú te has vuelto loco! ¡Por una mujer así realizar ésto!

—Tú eres un hombre frío, Iván. Vives con el entendimiento, pero la razón no basta para comprender esto del corazón. Tampoco yo creí que fuera posible... y ya lo ha sido. Fuí a casa de Gruschenka con el ánimo de arrancarle la promesa de que dejaría libre a nuestro padre... Me quedé y me perdí... y ahora todo se ha ido al diablo: Katia, el servicio y, si quieres, hasta el honor.

—Sería mejor que volvieses a casa...

—¿A casa? ¿Con nuestro padre? ¡Jamás! ¡Le odio!

—No digas eso.

—¡Sí, sí! Gruschenka fué pervertida por sujetos como nuestro padre. ¡Habría que matarlo!

Y por sus ojos pasó una visión de odio y de sangre.

—¿Estás loco? ¿También al padre?—repitió el indolente Iván.

—¡Sí! ¡También a él, también a él!

Varios hombres le escucharon horrorizados, ante la idea posible del parricidio, y uno de ellos murmuró al oído de los demás:

—¡Ese hombre es capaz de matar a su padre! ¡Y todo por una mujer!

El oficial no oía los comentarios, y seguía con su idea obsesionante y terrible:

—Me voy otra vez a casa de esa mujer. ¡Es preciso que la vea! ¡La necesito!

Salió como enloquecido, mientras Iván se encogía de hombros y volvía a su casa.

¡Qué locos eran los hombres! ¡Qué furiosa sangre la de padre e hijo, vibrando por la misma mujer! El, en cambio, era un hombre frío, incapaz de sentir esas pasiones salvajes.

* * *

Dimitri Karamazoff volvió a la casa de ella, donde una noche había entrado con propósitos enérgicos y había salido con la embriaguez que proporciona el amor.

Llamó rudamente, pero no le abrieron la puerta. Gruschenka parecía haberse cansado de él.

—¡Abre, abre! ¡No me voy hasta que me abras!

Pero sólo le respondía el silencio.

—¿Oyes?—continuó, golpeando con furia la puerta—. ¡Necesito hablarte! ¡Si no abres, echo la puerta abajo! ¡Sé razonable! ¡Ah, maldita! ¡Has jugado conmigo miserablemente... como un muñeco! ¡Abre!

La doncella le abrió al fin, y con voz tímida le dijo que la señora no estaba. Pero él no atendió aquellas razones y empujando furiosamente a aquella mujer, se abrió paso hacia el interior de la casa.

—¡Gruschenka! ¡Gruschenka! ¿Dónde estás?

Miró la sala vacía y se fijó de pronto en un papel que había sobre la mesa.

Con ojos llameantes de celos, leyó:

Ven a Mokroie, nena de mi alma. Te esperaré. Tuyo siempre.

Stassick.

El odio crispó sus facciones.

En aquel momento apareció Gruschenka, mirándole con altivez.

—¿Por qué armas ese escándalo? ¿Cómo te atreves a gritar como un energúmeno?

—¡Malvada!... Has encontrado otro hombre, ¿verdad? —dijo enloquecido de indignación—. ¿Cuánto te ofrece? ¿Diez rublos?

—¡Eres un miserable!

—Es un precio muy decente. Las de la calle sólo cobran tres... Yo también te daría diez rublos. Pago adelantado. ¿Quieres?

—¡Me estás insultando! ¡Vete de aquí! ¡No vuelvas más!

—Porque tienes otro, ¿no? ¿O es que has llegado a un acuerdo con mi respetable padre?

—¿Qué me importa tu padre?

—¡Con él sí que no puedo competir yo, pobre oficial!

Estaba tan excitado, que la mujer, temiendo las consecuencias de dejarle en aquel estado de violencia, intentó calmarle.

—Vamos, no te pongas así. Tengo que salir ahora... Mañana te recibiré.

—Pero mañana harás lo mismo que hoy, ¿verdad?

—No. Quizás te diga entonces que sí... Anda, vete ahora...

Convencido por el poder fascinador que ejercía sobre él aquella criatura, consintió en marcharse, pero ya en la escalera volvió a preguntar a Gruschenka:

—¿Me prometes aceptar mañana mi amor?

Ella sonrió, eterna coqueta, viéndole ya fuera de casa.

—Quizás te diga que sí... Quizás te diga que no...

Y su risa hacía daño.

—¡Ah, maldita! —continuó exasperándose de nuevo—. Donde tú vas hoy es a casa de mi padre, mala pécora.

—Quizás... O quizás a casa de otro.

—¡No... no! ¡De mi padre! ¡Golfa! ¡Mujerzuela!

Ella le hizo un gesto despectivo y entró en el piso cerrando precipitadamente la puerta. Se divertía complaciéndose en atormentar a aquel hombre al que ponía en nivel inferior a los demás.

Aun el desgraciado militar golpeó la puerta rudamente, y ya se marchaba cuando vió aparecer al criado Smerdiakoff con su aire acostumbrado de fantasma.

La presencia de ese hombre le afirmó de una manera indudable en la idea de que su padre y la bailarina iban a verse aquella noche.

Miró furiosamente al criado y le gritó:

—Vienes a buscarla de parte de padre, ¿verdad?

Sonrió el ayuda de cámara.

—A buscarla, no. Vengo por la respuesta definitiva. Su padre la espera esta noche.

—Anda, reza ahora.

—Pues, bien. Necesito que me comuniques esa respuesta. ¿Lo entiendes?

—Pero...

—No quiero esperar más aquí... Me repugna permanecer en esta casa. Ve a la fonda donde vivo, tan pronto ella te diga algo. No tardes. Te espero en seguida. Habrá buena gratificación para ti.

—¡Bien! ¡Iré!

—Hasta luego. ¡Ah, miserables todos! Pero ni mi padre ni el zar obtendrán, mientras yo viva, el amor de Gruschenka... No... no.

Y salió corriendo, mientras el criado, con su sonrisa siempre misteriosa y cínica, llamaba a la puerta de la casa.

* * *

Efectivamente, el viejo Karamazoff, inflamado de un deseo ardiente y brutal, había enviado a su ayuda de cámara a buscar a Gruschenka, sin la cual le parecía imposible vivir.

Había redactado una carta en la que decía:

Gruschenka, mi angelito, mi palomita; si quieres venir a mi casa tengo preparado un buen montón de dinero para ti.

—Le haces entrega de la carta—había dicho al criado—. Vas a ir ahora mismo.

—Sí, señor.

—¡Hoy sí que vendrá! ¡No podrá resistir la tentación! ¡La espera una fortuna!

—Yo se lo diré.

—¡Mira... mira cuántos billetes! — decía el anciano, acariciando un fajo de billetes.

El ayuda de cámara lanzó una terrible mirada de codicia sobre aquel dinero.

—Por tanto dinero, podría uno casi... cargar la conciencia con un pecado—murmuró.

—¡Je, Je! Mira, lo guardo bajo la almohada... Ya se lo dirás, ¿eh?

—Se lo diré, pero ¿no sería mejor esconderlo detrás de la divina imagen?

Y señaló una imagen que había en el testero de la cama.

El viejo sonrió.

—¡Sí... sí! Tienes razón. Más seguro está junto a ella.

Colocó los billetes detrás del cuadro y añadió:

—Dícelo bien. Dile con qué alegría y ansiedad la aguardo... Y que desconfíe de mi hijo. ¡Ah, cuando ella venga que llame a la ventana del jardín... con tres golpecitos!... Así... Yo ya sabré que es ella.

Y pegó primero un golpe y luego otros dos precipitados.

—¿Entiendes? ¿Te haces cargo de la seña?

—Sí, señor. Todo se lo diré. Estoy seguro de que aceptará.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! ¡Oh, Smerdiakoff! ¡Si vieras qué inmensa alegría hay en mí!

Una idea odiosa pasó por la mente del criado. Después de dirigir una mirada hacia el sitio donde se hallaba el dinero, salió de la casa, encaminándose a la mansión de Gruschenka, ante cuya puerta debía encontrar a Dimitri, que le exigió inmediata explicación.

A todo prometió acceder el criado, mientras por sus ojillos malvados pasaba como una siniestra lux...

—Dile con qué alegría y ansiedad la aguardo...

* * *

Cuando Dimitri Karamazoff llegó al fonducho donde habitaba, el dueño le anunció sonriente:

—Una señorita le espera en su cuarto, señor Karamazoff.

—¿Una señorita?

¿Acaso ella?... Con una singular emoción subió de cuatro en cuatro los escalones y entró en su habitación, donde encontróse con Katia, la novia de la ciudad.

—¡Tú! ¡Katia! —dijo, sorprendido, como si le hiriera el remordimiento—, ¿A qué has venido?

Ella, con gran tristeza en el corazón, le entregó un fajo de billetes.

—Ahí tienes el dinero de la fianza. Ahora puedes hacer lo que quieras. Volver a Moscou o quedarte aquí.

—Pero...

Tomó emocionado aquellos billetes y sintió en su alma que le abrasaba la llama del arrepentimiento, del divino amor de antes, de más felices días...

Katia le miraba con melancolía. Aquella mujer había ido a visitar al viejo Karamazoff, quien se había negado rotundamente a entregar dinero alguno para su hijo. Y ella, que ya llevaba en previsión sus ahorros, se hallaba dispuesta a ofrecerlos todos al oficial, con la esperanza de que éste regresara con ella a Moscou y olvidara la aventura que le había desviado del cumplimiento de sus promesas. Mujer amante, perdonaba al infiel su traición.

Se sintió Karamazoff conmovido ante aquel acto, y experimentó otra vez la influencia de aquel buen amor. Por un momento olvidó que en su vida existía aquella otra mujer fatal, y murmuró, llevado de su temperamento impulsivo:

—Katia, me voy contigo. Te lo prometo.

Ella se levantó.

—Mi tren sale a las diez —dijo con sencillez—. Tengo aún que hacer varias compras... visitar a unos parientes... Te esperaré en la estación.

—No faltaré, no faltaré, Katia. He sido un loco y quiero enmendar mi culpa.

—Así lo espero.

La jovencita, espíritu lleno de sacrificio y de ternura, marchó rápidamente, y Dimitri suspiró, dispuesto a obedecerla y marchase cuanto antes de aquel ambiente letal. Había sido un loco, no tenía derecho a olvidarse así como así de una muchachita tan buena. Al diablo con todos los amores fatales. Y empezó a arreglar febrilmente su equipaje con el deseo de salir cuanto antes para Moscou.

Al cabo de un rato y mientras más atareado se hallaba en sus preparativos, oyó una voz que decía junto a él:

—Si el señor me permite comunicarle...

Se volvió rápidamente y se encontró frente a frente con el criado Smerdiakoff.

Hizo un gesto de desagrado.

—¿Tú?

—Usted me mandó venir aquí...

—Es verdad...

La presencia de aquel hombre, que volvía a recordarle el perfume de la bailarina, le hizo olvidar otra vez sus buenos propósitos.

—¿Y qué? ¿Qué te ha dicho? ¿Va a casa de mi padre?

—Parece que sí—contestó, con una ladina sonrisa.

—¿De veras? ¡Ah, el infame! ¡El infame!

Otra vez los celos le atacaban; otra vez el odio parecía morderle de manera feroz.

Paseaba de un lado a otro, sin acordarse ya de su viaje a Moscou, no viviendo de nuevo más que para Gruschenka.

—Pero, veo que se dispone usted a salir de viaje, señor...

—No, ya no me voy... Contéstame... Ella irá a verle, ¿verdad?

—Sí, así parece.

—¡Miserables! ¡Habla! ¿Dónde la recibirá? ¿A qué hora? ¡Yo no consentiré eso!

Se exaltaba de una manera creciente y el rencor le hacía olvidar de una manera definitiva la influencia benéfica que había sentido junto a Katia.

—Ella va esta noche— repitió el criado— . El viejo ha preparado el dinero... Ella llamará a la ventana... así... y él abrirá.

Y pegó unos golpecitos que serían la señal para que le franqueasen la entrada.

Los celos seguían envenenándole.

—¡No... no quiero que vaya! ¡No lo quiero!—rugió—. Volverás a verla... Espera un momento. Dale esta carta.

Y febrilmente escribió estas líneas, trazadas con desesperación:

Gruschenka, me estás atormentando. Mataré a quien se interponga entre nosotros, hasta a mi mismo padre, si vas a su casa. ¡No lo olvides! ¡Le mataré! ¡Le mataré hoy mismo!

Dimitri

—Dale eso... Y dile que lo cumpliré, si no me obedece.

El criado guardó sonriente la carta.

—Y toma. Dale mil rublos... Como compensación a una noche de crápula, está bien pagada. Pero dile que no vaya.

Y de aquel dinero entregado por la pobre Katia separó aquella cantidad para pagar a la bailarina.

—Muy bien, señor— dijo el criado—. Pero permítame que le diga que si no he vuelto antes de las diez, es que su dinero no ha servido para nada.

—Entonces iría a casa... ¡y ay de ellos!

—Ojalá no suceda nada, señor.

Y se alejó sonriendo dejando al oficial en la tortura implacable de unos celos que si por un momento, ante la presencia de Katia, habían sido olvidados, ahora volvían a resurgir con una impetuosidad salvaje.

* * *

Aquella noche, antes de las diez, el viejo Karamazoff aguardaba con una impaciencia febril la llegada de la mujer soñada en sus horas de senilidad.

Había perfumado la habitación, había perfumado su lamentable persona, ya en los linderos de la caducidad. Se estremecía de gozo cada vez que pensaba en que pronto ella vendría, en que conocería el calor de sus brazos ardientes.

El criado le había asegurado que ella vendría esta noche, y esto le causaba un desfallecimiento de emoción.

Iván, su segundo hijo, salió aquella noche de casa, pues tenía que ir a la ciudad.

El criado, que se hallaba en el recibidor, le vió pasar y sonrió.

—Hace usted bien en partir... Es usted un hombre inteligente.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tengo el presentimiento de que hoy pueda ocurrir una desgracia.

—¿A qué te refieres?

—Gruschenka viene esta noche... Ya conoce usted a su hermano.

—¡Bien! ¡Pero tú estás aquí para tener cuidado!

—¡Sí... sí! Pero...—dijo sonriendo hipócritamente—. Usted sabe bien que yo soy un enfermo, un epiléptico, siempre propenso a un ataque...

—¿Y tú crees que precisamente hoy te dará ese ataque?

—¡Quién sabe!

—¡Bah! ¡Que el diablo os lleve a todos!

Y desentendiéndose de lo que pudiese ocurrir, él, hombre apático a quien todo le tenía sin cuidado, marchó de la casa, mientras Smerdiakoff se encaminaba hacia la habitación donde el viejo aguardaba con una impaciencia nerviosa.

—¿Estás seguro de que dijo que vendría?—preguntó el enamorado.

Estoy seguro. Dijo que a las diez en punto.

—¡Maravilloso! Estoy loco de alegría... Pero ¿qué haces aquí parado como un tonto?... Corre a buscar caviar, champaña, pasteles...

—Voy, señor.

—Y sobre todo, que nadie se entere de que ella viene. Y de un modo particular que no lo sepa Dimitri.

—Confío en mí, señor.

Volvió al cabo de poco con todo lo pedido, y dejó solo al viejo, en la espera ansiosa de la frenética y soñada cita de amor.

Después el criado marchó hacia otro lado de la casa y, de pronto, cayó al suelo, como presa de un ataque epiléptico.

Al ruido que hizo su fuerte cuerpo al caer y a los gritos de desvarío, acudieron otros criados, quienes le transportaron a su habitación.

Uno de los sirvientes quiso ir a buscar al médico, pero otro advirtió:

—No se morirá. Dejémosle. No es el primer ataque que le da. Es cuestión de unas horas.

Y le dejaron solo en su sollozo monocorde y sus jadeantes estremecimientos.

Entretanto, Dimitri Karamazoff, viendo que eran ya las diez y que el criado no había vuelto, supuso que la cita iba a efectuarse. Y nuevamente encendido por los celos y cegado por una venda de odio que era capaz de convertirlo en asesino, se dirigió con toda cautela hacia su casa.

Saltó la verja; avanzó a tientas por el jardín y se dirigió hacia la ventana iluminada de la habitación de su padre.

Veía pasear por el cuarto al viejo con la impaciencia de los amores terribles.

El odio hacía castañetear los dientes del militar. No obtendría aquella mujer; no la obtendría, aunque fuera necesario llegar a lo más terrible. Le mataría antes que consentir que...

Llegó junto a la ventana, y dispuesto a todo para impedir aquella cita, llamó contra los cristales, con la señal que le había explicado el criado.

Los tres golpes, rápidos los dos últimos, estremecieron al enamorado, quien creyó que la joven estaba ya allí. Abrió la ventana y aguardó dentro del cuarto con nerviosidad el momento de aparecer la mujer por la que hubiera dado una fortuna.

Se disponía el hijo a saltar y a luchar a brazo partido con el autor de sus días cuando vió avanzar hacia él a un criado de la casa que le había visto en su actitud recelosa.

El criado, que era un anciano que había encanecido en la casa, intentó alcanzarle, pero Dimitri Karamazoff, viéndose descubierto, echó a correr, aunque seguido enérgicamente por el sirviente, y sin que el padre les hubiese visto.

Al ir el oficial a saltar una valla, el criado estuvo a punto de detenerle, y entonces, Karamazoff, loco de furor y no queriendo testigo alguno de su presencia en aquella casa, cogió una piedra y golpeó con ella la cabeza de aquel hombre, que cayó al suelo ensangrentado.

La idea de haberle matado le estremeció: le vió inmóvil, tocó su frente y retiró la mano manchada en sangre. Horrorizado ante aquel crimen que acababa de realizar, bajo el influjo fatal de una pasión que le llevaba a todas las locuras, se fué apartando, temblando de terror...

Un hombre le había visto: el criado Smerdiakoff, que, cual si estuviese ya curado de su ataque de epilepsia, le miraba fijamente tras el balcón de su cuarto.

* * *

Enloquecido, sintiendo sobre sí el terror del crimen y la locura embriagadora de aquella pasión que le llevaba hasta la muerte, Karamazoff se dirigió a casa de la bailarina.

A pesar de que, según había dicho el criado, ella estaba dispuesta a ir aquella noche a visitar al viejo, no lo había hecho todavía, y Karamazoff iba a verla con escalofríos de vértigo.

Llamó rudamente y apareció la doncella.

—¿Dónde está su señora, dónde?

—No está en casa... Yo no sé...

—Dime dónde fué —añadió brutalmente cogiéndola por las muñecas—. Lo quiero. Lo exijo. No ha ido a ver a mi padre. ¿Dónde está?

La criada tuvo miedo de aquel hombre terrible y confesó:

—Está en Mokroie, con unos gitanos. Tiene allí una cita con su "primero", con el polaco de que le hablé.

—¡Siempre la misma!

La doncella vió entonces las manos del oficial tintas en sangre.

—Pero, ¿qué es eso? ¿Sangre?... ¿Qué ha hecho usted?

—Lo que he hecho sabré pagarlo. ¡Voy a Mokroie! Necesito a esa mujer. ¡Es mía! ¡Eliminaré a cuantos rivales sean necesarios!

Y marchó hacia el café de Mokroie, dispuesto a todo para conseguir a la amada.

Gruschenka se encontraba hacía un rato en aquel café, invadido por gente alegre y bohemia.

A pesar de las promesas hechas al criado del viejo Karamazoff, no había querido ir a ver a éste, prefiriendo asistir a la cita con el polaco, al que pretendía desengañar de una vez. En su alma, atormentada por una vida

de desengaño que la hacía a veces ser mala sin quererlo, vibraba entre todas las pasiones conocidas cierta inclinación por el oficial Dimitri Karamazoff, a pesar de que no había querido demostrárselo hasta entonces.

Ahora escuchaba sonriente las palabras ardientes del polaco que pretendía volver a reanudar el diálogo amoroso. Pero ella se negó con rudeza a ese intento.

—¡Qué noble caballero te has vuelto!... Y todo porque has olfateado mi dinero... Por nada más... Por eso me perdonas mis veleidades, ¿verdad? ¡Ah, hipócrita!

El polaco, al que realmente le guiaba el interés, procuraba deshacer la mala impresión que habían causado sus palabras en la joven, pero ésta seguía burlándose de él y negándole su amor.

De pronto, apareció en el reservado en que ellos se hallaban y adonde llegaba la música de los otros salones, el oficial Karamazoff.

Al verle, ella se levantó y, siempre con su carácter burlón, le dijo:

—¿También tú vienes a perdonarme?

Pero aquel hombre amaba tan ciegamente a aquella mujer, que la miró con emoción y, sintiendo que se desvanecían sus anteriores odios, murmuró:

—¡Oh, no! ¡Vengo a pedirte perdón! A decirte que no me dejes... ¡Que no puedo vivir sin ti!

Aquella declaración ardiente, rotunda, agradó profundamente a la coqueta, haciéndole exclamar:

—¡Cuánto me alegro de lo que me dices, Dimitri!... ¿Es posible que me quieras tanto?

—¡Con locura, con verdadera locura! Te necesito... Quiero que seas mía y de nadie más... Y lucharé contra quién pretenda arrebatártome.

De una manera casi misteriosa, Gruschenka, tal vez por comparación entre la actitud del polaco—que iba a ella interesado únicamente por el dinero, pues en estos últimos tiempos la bailarina había ganado mucho con buenas actuaciones—y la nobleza del oficial, experimentó por éste una ternura, una emoción singular y desconocida hasta entonces en su vida.

El polaco se había levantando y miraba con extrañeza al recién venido.

—Pero ¿se puede saber por qué viene usted a interrumpirnos? —dijo.

—Porque esta mujer es mía y sólo mía, ¿entiende? Y ya se está usted largando de aquí.

—¿Yo? ¡De ningún modo!

—Toma un billete de mil... y márchate... ¡Pronto!

El miserable sonrió y dijo en voz baja:

—Dos mil y me marcharé.

—¿Dos mil? ¡Ni un céntimo ahora! ¡Fuera de aquí, canalla!

Y arrastrándole brutalmente, entre las risas de todos los concurrentes, le echó en medio de la calle. Luego volvió junto a Gruschenka que le sonreía.

—Eres admirable, Karamazoff. Casi estoy por decirte que te quiero.

—¿De veras, mujer? ¿No tendrás ningún otro amor que el mío?

—No lo tendré. Te desprecié antes sin saber lo que hacía, pero ahora te quiero. Comprendo que tu amor es el más digno de todos.

—¡Oh, qué feliz soy! Daría mi vida por pasar un año contigo.

Le besó y acarició, olvidándose en aquel momento de

—Y todo porque has olvidado mi dinero...

todo. Y Gruschenka, que sólo había sido amada de una manera material, grosera, experimentó una nueva emoción ante el cariño de aquel hombre, que súbitamente la hacía feliz y parecía lavarla de todo su pasado de culpa.

La música parecía sonar para ellos. Lejos se entonaban cánticos de amor.

El murmuró de pronto:

—¡Qué bello es vivir en el mundo, Gruschenka! Ya no tengo celos.

Pero al mirar sus manos le pareció verlas aún manchadas y dijo estremeciéndose ante el terror de su crimen:

—¡Ah! Si esta sangre no estuviera por medio... Si yo...

—¿Qué hablas de sangre?... ¡Di!—exclamó horrorizada la mujer.

Pero en aquel momento y cuando ya el teniente iba a confesar la verdad, entró un policía, quien poniendo la mano sobre el hombro del joven, dijo:

—Teniente Karamazoff, queda usted detenido.

—Pero, tú... tú... ¿Qué has hecho?—dijo la mujer.

El inclinó la cabeza con melancolía y, mirando a todos, murmuró:

—Sí, ya comprendo. La sangre del viejo. Soy culpable.

—¿Lo reconoce usted?—dijo el aprehensor—. Se le acusa de haber matado a su padre, el anciano Fedor Karamazoff.

Se irguió con espanto o indignación.

—¿Mi padre ha sido asesinado?

—No se haga el tonto ahora.

Pero el joven miraba a todo el mundo con terror y decía a la artista:

¡Qué bella es vivir en el mundo, Gruschenka!

—Gruschenka, mi padre ha sido asesinado.

—¡Y usted es el criminal!—dijo el policía.

—¡Mentira! ¡Mentira infame!... Al criado Gregori sí que lo he matado yo. Pero de la sangre de mi padre soy inocente... ¡Lo juro!

—El viejo criado tiene sólo una herida leve... Pero él es precisamente quien le acusa a usted, quien dice que le vió junto a la ventana... Y poco después su padre era encontrado en su cuarto asesinado.

—¡Oh, yo no le he matado! ¡Lo juro! ¡Lo juro!... Gregori vive... Yo no soy entonces un asesino... ¿Me crees, Gruschenka?

Y aquella mujer, por cuya alma pasaban aquella noche emociones tan intensas, le contestó sinceramente:

—¡Te creo!

Y le abrazó y besó. Pero el policía la apartó brutalmente de él.

Karamazoff tuvo que marchar entre unos guardias, repitiendo nuevamente sus juramentos de inocencia y prometiendo a Gruschenka que la adoraba y que nunca la olvidaría.

* * *

Se celebró la vista de la causa. Y durante tres días consecutivos, entre una expectación enorme, Karamazoff no se cansó de proclamar su inocencia.

Gruschenka asistía al juicio entre el público, con un ardiente deseo de que resplandeciera la inocencia de aquel hombre al que se daba cuenta quería con un amor mucho más grande que el que había sentido hacia todos los hombres: con el amor no sólo de los sentidos, sino del alma.

¡Te creo!

—Me confieso culpable de embriaguez, disipación y violencia—repetía el culpable—, pero soy inocente en lo tocante a la muerte de mi padre.

—Hace tres días que afirma usted lo mismo—le contestó el presidente—. Pero el Tribunal necesita pruebas y las pruebas hablan contra usted.

—No.. no... Si hubiera matado a mi padre, lo confesaría. Es verdad que quise matarlo... Pero quizás en aquel momento lloró alguien por mí... quizás detuvo mi brazo mi difunta madre... No lo sé... pero el diablo quedó vencido en mí.

El presidente torció el gesto y después de un desfile de varios testigos, entre ellos el criado Gregori, que aseguraba había visto a Dimitri rondar junto a la ventana, el jurado se retiró a deliberar, llevando todos sus miembros en la conciencia la seguridad de que aquel hombre era el culpable.

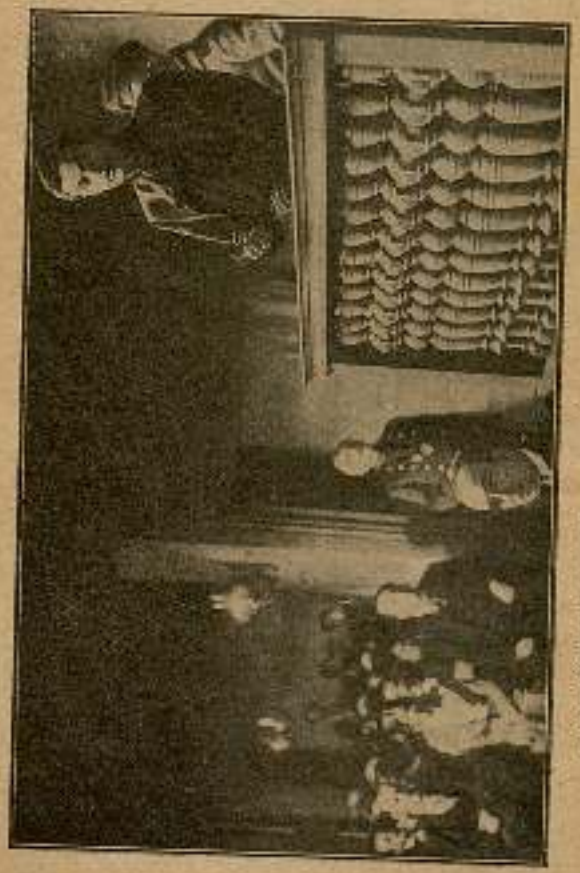
Entretanto, Iván, el hermano de Dimitri Karamazoff, sin poder creer que el teniente hubiese matado a su padre, meditaba sobre todo lo ocurrido durante el día del crimen, e iluminado por una idea que creía salvadora, se dirigía a visitar al criado Smerdiakoff, que después de la muerte del viejo no había podido salir de la casa por hallarse enfermo.

Tardó el antiguo ayuda de cámara en abrirla, pero como los golpes menudeaban implacables, no tuvo otro remedio que hacerlo.

E Iván, interesándose por vez primera en la vida por algo serio, le miró implacablemente y le dijo:

—¡Vengo por ti! ¡Tú has matado a mi padre, maldito! ¡Tú eres el miserable!

—¡No es verdad!



...no se cansó de proclamar su inocencia.

—¿Por qué niegas? ¡Lo adivino!... ¡Eres tú... tú... canalla!... ¡¡Confiesa!!

Tuvo miedo a aquel gesto implacable que parecía ir a darle muerte, y confesó con un cinismo espantoso:

—Pues bien... fuí yo... yo...

—¡Canalla! ¿Y has permitido que condenen a mi hermano inocente?... Dime cómo ocurrió todo... dime.

Ante el temor de que allí mismo Iván le matara, el odioso criado confesó.

Cuando la noche del crimen salió de ver a Dimitri Karamazoff, después de haberle dado éste el dinero y una carta para Gruschenka, no fué a casa de la bailarina, sino que por codicia, se guardó los mil rublos. Después se dirigió a casa del viejo.

—Para desviar toda sospecha simulé un ataque epiléptico... A poco más de las diez oí ruido en el jardín. Vi lo que ocurría entre Gregori y el hermano de usted... Luego entré con sigilo en el cuarto del viejo... Este se hallaba junto a la ventana... Y entonces le maté de una puñalada... y allí mismo quedó.

—¡Maldito!... ¿Por qué le mataste?

—Por el dinero que había dejado junto a la imagen. Quería ir a Francia. Me apoderé de él. Pero después, cuando volví a mi cuarto, me dió un ataque de veras... y aun sufro las consecuencias del mismo, sin haber podido escapar.

—Y no podrás escapar. Porque ahora mismo te vienes conmigo para confesar tu crimen ante el Jurado.

—¿Y si no quisiera?

—Si no me sigues, te mataré aquí como un perro.

Y como viese que tenía verdaderas intenciones de hacerlo, tuvo que resignarse a perder.

—¡Levántate! ¿Dónde está el dinero robado?

—Pues... aquí.

—¡Vamos, pronto!

Le dió a Iván un paquete que contenía el dinero, y que éste, nervioso, guardó sin mirarlo. Y ambos hombres se dirigieron a la Audiencia, donde en aquel momento el Jurado iba a dictar un veredicto de culpabilidad. Iván entró en la sala mientras el miserable criado aguardaba en el pasillo.

—Estáis condenando a un inocente—gritó Iván avanzando hacia el estrado entre un tumulto espantoso—. Smerdiakoff lo ha confesado todo. ¡El es el asesino! Aquí tenéis el dinero que robó.

Y puso sobre la mesa del presidente el paquete que le había dado Smerdiakoff.

El griterío era enorme ante aquella derivación inesperada.

—¡Silencio o mando desalojar la sala! —dijo el presidente—. ¿Qué desea usted?

—Smerdiakoff, el antiguo ayuda de cámara de mi padre, está aquí y va a repetir su confesión ante el Jurado.

—¡Hagan comparecer a Smerdiakoff!

Hubo un momento de silencio. El acusado miraba con emoción, ora a Iván que con su intervención generosa le salvaba, ora a Gruschenka que no había dejado ni un momento la sala, dándole una prueba de amor.

Pero entonces un ujier se acercó al presidente y le dijo algo en voz muy queda. Este hizo un gesto de asombro y luego comunicó en voz alta:

—¡Señores! El testigo Smerdiakoff acaba de ahorcarse en el corredor de la Audiencia.

La sensación fué indescriptible. Iván lanzó un grito de estupor, pero reaccionó inmediatamente.

—¡Ah, su muerte es la mejor de las pruebas!... Y aquí, en este paquete, están las otras pruebas! ¡El dinero robado!

—¡Veamos!

Pero el presidente abrió el paquetito y no encontró en él más que varios papeles sin importancia y una carta firmada por Dimitri Karamazoff.

¡Aquí no hay dinero! Hay una carta que dice: "Gruschenka, me estás atormentando... Mataré a quien..." Y al pie de la carta está el nombre de usted, Dimitri... ¿La reconoce?

¡Ah, aquel miserable Smerdiakoff había obrado con la más vil de las infamias! Aquella carta que no había entregado a la persona a quien iba dirigida, la había dado a Iván para que con su presentación ante el Tribunal acabase de empeorar la situación del acusado. El se mató luego, pero muerto y todo quería seguir haciendo daño.

—¿Es de usted la carta?—decía el presidente al procesado.

—Sí. La carta es mía. La escribí aquella noche. Pero repito que no le maté.

Pues en esta carta lo dice usted claramente: "Mataré a mi mismo padre si vas a su casa. Lo mataré hoy mismo."

Fueron inútiles sus protestas. Y el tribunal dictó veredicto de culpabilidad. Pero como se viese algo oscura su intervención, pues el suicidio del criado denotaba que éste también había intervenido en el asunto, no le

condenaron a muerte, sino a diez años de trabajos forzados en Siberia.

Y aunque protestó contra aquella determinación injusta, el Jurado se mantuvo sordo a sus súplicas. Y un inocente, uno más, fué llevado al país trágico de la Siberia.

* * *

Partió unos días después en un tren que conducía también a otros desgraciados. Y el pobre Karamazoff, que se veía víctima de algo que no había cometido, experimentó una inmensa emoción al ver que en el mismo tren había tomado Gruschenka billete para Siberia.

Aquella mujer quería borrar definitivamente sus faltas para cuidar del oficial y ser su leal enamorada.

—¡Diez años en Siberia!—le murmuró él—. ¿Sabes lo que haces, Gruschenska?

—Sí... Dimitri... pero no importa. También en Siberia podremos amarnos. Y como tu amor significa para mí la vida y la regeneración, por eso iré donde tú estés.

Ya él no se acordaba de Katia, buena mujercita que le había amado también hasta el sacrificio, y a la que había devuelto aquel dinero generosamente entregado. Ahora, su corazón era para Gruschenka, la antigua pecadora que lavaba las culpas de su vivir agitado con una

renunciación gloriosa a la vida cómoda para acompañarle a él hacia Siberia y vivir un destierro del que ninguno de los dos era merecedor. Pero el amor pondría brevedad en el tiempo y bondad en sus almas para soñar en una vida nueva.

FIN

NÚMEROS PUBLICADOS:

El expreso azul
El batelero del Volga
El pueblo del pecado
El espía
La danza roja
Iván, el terrible

EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA
Sociedad General Española de Librería, Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.
Barcelona: Barbará, 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Imprenta Industria - Aribau, 168 - Teléfono 7[illegible]07

Todos los buenos amantes del cine coleccionan las EDICIONES BISTAGNE, las mejores, las -:- -:- -:- -:- inimitables -:- -:- -:- -:-

Adquiera, los martes:

La Novela Cinematográfica del Hogar

(Precio, con postal-regalo: **30 cts.**)

Los miércoles:

Exitos Cinematográficos

Argumentos seleccionados-Precio: **50 cts.**

Los jueves:

Ediciones Especiales

Las superproducciones más importantes. Precio: **1 peseta**

Todas las semanas:

Aventuras Film

Publicación de aventuras y asuntos de emoción. Precio: **15 cts.**

Pidan catálogos gratis y sin compromiso

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis -:- Barcelona

MARMADUKE KLEMING